

Palabras de recepción a la Distinción “Mons. Carlos Manuel de Céspedes”

Ante todo, quiero agradecer, en nombre de la Cátedra *Vivarium*, la Distinción que se nos confiere, y recordar a todos aquellos hermanos y amigos que, hoy ya distantes, hicieron posible la alegría que sentimos por ello.

A la mirada lejana de aquel año 1990, cuando nos reunimos por primera vez algunos amigos para fundar, sin saberlo entonces, una institución, acuden numerosos recuerdos que se entrelazan con los más personales. Como son los verdaderos grupos, el nuestro nació de la amistad y la afinidad de interés y compromiso, para con la cultura y con la fe. Primero en los predios universitarios, en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, cuando casi a espaldas de la enseñanza oficial intentamos discusiones de ideas y pensamiento alternativo, encuentros que luego se trasladaron a las sesiones celebradas en el Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de Cuba. Allí se gestaba una comunidad, personas que buscábamos con el discurso intelectual el diálogo, respetuoso y atento, pero con la entereza y valentía de hacer escuchar el nuestro. Hasta allá fueron los tan recordados padres René David y Salvador Riverón, quien llegara a ser obispo auxiliar de nuestra Arquidiócesis, para integrar al pensamiento cultural y filosófico, el teológico. Fue consustancial y orgánico, por la empatía y correlación de espíritu, crear un Grupo dentro de los espacios que, con tanta generosidad y confianza nos brindara la Arquidiócesis de La Habana, de la mano del gran promotor y hacedor de sueños que fuera Mons. Carlos Manuel de Céspedes, y con la anuencia del Cardenal Jaime Ortega Alamino.

El aporte que la propia constitución de *Vivarium*, entonces Centro de Estudios de la Arquidiócesis de La Habana, y dentro de él la revista como órgano oficial, fue más allá que la mera creación de un Grupo, para ser la punta de lanza de un decisivo quehacer pastoral en un momento decisivo, que quizás no se ha vislumbrado con exacta nitidez, pues fue aquel 1990 el mismo que iniciara en Cuba un periodo sombrío dentro de la cultura y, en especial, en el ámbito editorial, año en que tanto las revistas como las entidades culturales del país fueron desapareciendo del ámbito social cubano en medio de un panorama que fue definido como “periodo especial e n tiempos de paz” por el Estado cubano, coyuntura que, sin embargo, alentó a la Iglesia católica cubana para llenar las carencias culturales con esta iniciativa. El aporte de la Iglesia que *Vivarium*

representó en materia cultural, fue el inicio de una proliferación de grupos y revistas en todo el país, que comenzó en nuestra Arquidiócesis con la creación posterior de las revistas *Palabra Nueva* y *Espacio* (actual *Espacio Laical*) y de tantas otras en las demás Diócesis del país. Nuestra actual Cátedra, a veces en gestos malabares por carencias de tanta índole, hizo las veces de centro cultural, reconocido como tal por la Pontificia Comisión de Cultura, proyectando con el entusiasmo que da la conciencia de una misión, la labor de puente entre la cultura diocesana y la sociedad.

La razón esencial de haber sido Mons. Carlos Manuel de Céspedes el iniciador y gestor del Grupo, así como por los años de dirección y colaboración con nosotros, nos hace pensar que aun sigue con nosotros, y este reconocimiento, más que ninguno, lo hace más justo y honorífico, por llevar el nombre de la persona que nos creó e impulsó, en momentos de grandísima dificultad para la sociedad cubana y para la impronta de la Iglesia en ella, con un diálogo que nos ha sostenido, y que como semilla humilde, hemos dejado para crecimiento del propio vivero.

Para mi propia sorpresa, hemos rebasado ya un cuarto de siglo de labor. Muchas veces, en momentos de duros golpes, de insatisfacciones, tristezas e incomprensiones, a ambos lados de la misma orilla insular, he intentado ver alguna señal de término, de conclusión de este proyecto. Pero las señales, paradójicamente, se han hecho otras, y aparece entonces el abrazo y el amor de tantos que hacen de este pequeño grupo, su “secreta cofradía”, la familia del espíritu que Dios, en su sabiduría, teje y desteje para fortalecer una urdimbre que nos regala para sostenernos y mantenernos en su comunión.

Todo grupo es la voz de un conciliábulo, de una complicidad que se pregona más allá del entorno de aquellos que la hacen realidad. Cátedra y revista ha sido el “taller renacentista” donde todos se desdoblaron para ser el otro, y para organizar la faena alternativa, la que corresponde y la que no. Ese sentido de grupo nos ha caracterizado, a pesar de hacerse tan difícil en el mundo actual, donde el individuo olvida que representa al otro, al que le acompaña, y que al escribir, hacer y decir para un gran entorno, lo hace como si hablara al oído de un amigo. En medio de este olvido desasido del que lee o escucha, que se ha adueñado del sentido de la cultura hoy día, como vía mediática, sin más, cultura masiva que no se corresponde al eco o la sencilla onda del agua, sino a la diatriba altisonante y aislada, la labor en *Vivarium* nos ha enseñado a volver a ese sentido magnífico que es el quehacer humano más íntimo.

Y así seguimos, en la “amistosa compañía” de tantos que nos quieren y nos abrazan con sus palabras de felicitación. Para todos ellos, para la Iglesia, para Cuba, para el servicio de testimonio que nos requiere, prosigue nuestra *Vivarium*, para guardar los saberes antiguos, salvados del invierno de los siglos oscuros, esperando mejores tiempos.

Ivette Fuentes